

“No se turbe vuestro corazón.” (Juan 14,1-6)

¡Qué bien nos hace escuchar estas palabras y dejar que calen hondo en nuestro espíritu! ¡Son tantos los motivos para estar inquietos! El flujo de razones para perder la paz no parece tener fin. Cada mañana las noticias se asemejan más a un parte de guerra. Detrás de cada medida restrictiva se multiplican los rostros de personas y familias cuya esperanza queda profundamente herida.

En medio de este panorama escuchamos la voz del Resucitado que nos invita a no turbarnos, a no perder la serenidad. Y lo hace recordándonos la llamada a vivir por siempre en Él. *“... os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros...”*

La paz, la serenidad interior es un anhelo, una necesidad espiritual compartida por muchos de nosotros. Sin duda alguna es, en estos tiempos, la necesidad espiritual más recurrente. La prueba es la multiplicación de consultas médicas enmarcadas en la angustia creciente que genera el presente y el futuro personal y familiar.

El Evangelio de hoy nos regala una clave para escapar del ciclo: enfrentar la realidad sin perder de vista la llamada a la eternidad. El “partido” de nuestra vida se juega a dos tiempos y el definitivo, el que marca el resultado final, el que nos regalará ese soñado “gol” en el último segundo, nos llevará a estar con el Resucitado.

La perspectiva de eternidad es una llamada para serenarnos ante el presente. ¡Qué bien nos viene internalizar esta conciencia de una vida más plena en Dios! No para renunciar al presente y a sus demandas, a veces acuciantes, sino para vivir sin pretender tener la respuesta definitiva aquí y ahora.

Si ampliamos un poco más la mirada podemos entendernos formando parte de la comunidad humana y ser, en ella, constructores de una parte, muy contextualizada, de la VERDAD que será definitiva sólo en Dios.

Esta visión pascual de la vida ha tenido distintas acentuaciones en la praxis cristiana. No han faltado posturas enajenantes ante las llamadas de la realidad, prometiendo un cielo muy lejano que compensaría sobradamente las penalidades de este “primer tiempo” histórico. El Dios de Jesús de Nazaret está muy lejos de ese planteamiento y nos ha prometido un cielo y una tierra nueva que debemos ir construyendo desde una solidaridad comprometida.

La gran aportación de la Pascua es la forma en que nos asumimos como protagonistas de una nueva humanidad. Responder a los retos desde la serenidad y la certeza de sentirnos siempre en manos de un Dios que nos plenificará, no solamente nos aleja de todo planteamiento espiritual alienante, sino que potencia el ardor y la radicalidad de nuestro empeño.

Daniilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

